

CAPITULO XXI.

DE LAS NO MUY GRATAS NOTICIAS QUE RECIBIERON LOS SEÑORES
INTERVENCIONISTAS LA TARDE DEL 5 DE MAYO
DE 1862.

I.

Terribles horas de agitación y de agonía iban transcurridas desde que el General Zaragoza anunció que los franceses estaban á la vista.

La multitud estaba agolpada en la oficina del telégrafo, y cada vez que la electricidad tocaba los conductores de la máquina, los corazones se estremecían como si el rayo se deslizase por aquel alambre misterioso.

La ciudad estaba calenturienta esperando por momentos que se velase en el silencio del gabinete algún telegrama.

Juárez había prometido al pueblo comunicar la verdad de los hechos, porque ninguno mejor que él sabría apreciar la situación y prepararse para las eventualidades de la fortuna.

Los partes de la batalla eran alarmantes, estaban impregnados de aquella ansiedad, que aunque disimulada preocupaba altamente el espíritu de Zaragoza.

Como la historia no se ha escrito todavía y los telegramas del héroe del 5 de Mayo, pueden alterarse por los enemigos de la nacionalidad mexicana y quedar al menos en duda este hecho importante, los iremos insertando en este capítulo como cumple á nuestro propósito, toda vez que nuestro libro está consagrado á la sublime epopeya que se registra en las páginas de nuestra historia contemporánea.

II.

Entre las personas que ávidas de nuestras noticias permanecían en la oficina telegráfica, se encontraba el inválido Torre-Mellada, rodeado de tres ó cuatro estantiguas del vireinato, formando un grupo particular y hablando á *sotto voce*, mientras en los ángulos del salón había unos jóvenes republicanos, rodeando á su vez á un abogado, síndico del ayuntamiento, que con muy buenas razones probaba el gran peligro que corría la capital, si los zuayos tomaban la ciudad de los Angeles.

El abogado era hombre que veía para muy adelante tal vez para el siglo nuevo: y su espíritu esforzado se alarmaba hasta al reventar de un estornudo.

—¿Y estos invasores, preguntaba procurando disimular su ansiedad, acostumbran ahorcar síndicos de ayuntamientos?

—Creo que será de lo primero que se ocupen, respondió un estudiante conociendo el pánico del interrogante.

El abogado insistió:

—¿Y por supuesto que no habrá perdón?

—Eso no se acostumbra en Francia, señor mío.

—¿Y conocerán en las facciones el cargo municipal?

—Precisamente usted tiene una cara muy *sindica* y *municipal*.

—Hombre, usted se chancea; no abuse usted de mis preguntas, yo sólo quiero saber lo que arriesgo.

—Es muy sencillo; si no lo fusilan á usted, lo llevan á los campos de la Martinica á cultivar la tierra.

—Yo no creía que estaba en uso el derecho romano, por el cual eran siervos los prisioneros de guerra; aunque propiamente hablando, yo no tendría esa calidad.

—¿Luego usted no quiere tomar las armas para la defensa de la patria?

—Ya las he tomado otras ocasiones.

—Sí, ya recuerdo, dijo uno de aquellos entes que nunca faltan como llovidos del cielo para hacer quedar mal al más pintado; usted iría á Churubusco en la invasión americana; pero al recibir la noticia de la derrota, lo ví á usted atravesar corriendo la plaza de Armas, tirando el fusil en el atrio de Catedral.

—No es cierto, el fusil se cayó solo; es decir, se desprendió de mi mano á causa de la emoción que produjo la convulsión de la situación; porque la invasión.....

—Señores, dijo el estudiante, la máquina da toques de atención, algo pasa en el campo de Zaragoza.

Un silencio profundo discurrió en aquella sociedad bulliciosa y acalorada.

Todos estaban atentos á los golpes de la máquina, queriendo adivinar tras el continuo y monótono golpear, algo de los sucesos interesantes que ocurrían en el campo de batalla.

Prevía autorización del gobierno, se leyó en voz alta el mensaje de Zaragoza.

“Puebla, Mayo 5 de 1862.—Recibido en México á las diez y cuarenta y cinco minutos de la mañana.—El enemigo está acampado á tres cuartos de legua de la garita de esta ciudad. En los suburbios de ella y por el mismo rumbo tengo mi campamento. El cuerpo de ejército listo para atacar y resistir. El General O’Horán me avisa que ayer batió en Atlixco á 1,200 reaccionarios, que abandonaron la población des-

pués de alguna resistencia: parece que el resto de las chusmas reaccionarias se halla en Matamoros preparando su marcha para este rumbo.—Zaragoza.”

III.

Lo dicho, decía á sus amigos el inválido Torre-Mellada, el ejército francés se encuentra á la vista, dentro de muy poco darán el asalto como en Sebastopol, es negocio de unos momentos.

—Compañero, ya las cartas están echadas, Puebla será francesa muy pronto.

—Volveremos á los tiempos del señor Iturbide; aquel si era todo un imperio, ¡qué hombre tan rubio!

—Buena fisonomía y buen golpe de Estado!

—Insisto, dijo el inválido, en que ese golpe fué muy soldado.

—Precisamente eso le inculpan á S. M.

—Sea lo que fuere, á lo hecho pecho, más vale el dominio de la espada que la libertad demagógica.

—Es cierto, y tocante á los asuntos de hoy, yo creo que las proclamas francesas están de acuerdo con la marcha del gobierno previsor del General Almonte.

—Como que han asegurado los señores comisionados, que Almonte fué invitado por S. M. Napoleón III para venir con expedición.

—Está claro, dijo Torre-Mellada, todo esto es un plan combinado para *mexicanizar* el negocio.

—Ya se entiende; además, que la Europa no tiene más objeto que nuestra felicidad, porque amigo mío, este gobierno de caribes ya no es posible.

Aquella gente estaba insolentada al pensar que el extranjero acabaría por posesionarse de la República.

Un segundo parte anunció que la batalla había comenzado.

“Puebla, Mayo 5 de 1862.—Recibido en México á las doce y veintiocho minutos.—Son las doce del día y se ha roto el fuego de cañón por ambas partes.—Zaragoza.”

Aquella noticia más terrible aún que la anterior, puso nerviosos á los concurrentes.

La batalla había comenzado.

—Hoy se repite la de Solferino, decía lleno de gozo el inválido, esas trincheras de tierra no son nada para los guerreros de Inkerman y Montebello.

—Me parece que los veo, agregó entusiasta el interlocutor; esos suavos son el demonio, los hombres de la balloneta.

—Eso me recuerda la acción del *Gallinero*, nos batimos como unas fieras.

—A mi me defraudaron esa condecoración sólo porque no estuve en la jornada; vea usted que injusticia.

—Así pagan los gobiernos á los buenos servidores.

IV.

Colocado en medio de los grupos intervencionistas y republicanos y recogiendo con avidez cuantas especies se vertían, estaba un individuo en cuya fisonomía se marcaban las revelantes señales de la ansiedad.

Había copiado á la letra los telegramas y no cesaba de ver al telegrafista y estudiarle el semblante y la mirada por si traslucía algo que le contrariase.

Cerca de tres horas se pasaron en esa terrible expectativa, hasta que la máquina tornó á funcionar.

Apagaronse los rumores y el empleado dijo en voz alta:

“Puebla, Mayo 5 de 1862.—Recibido en México á las dos y minutos de la tarde.—El ejército francés ha intentado replegarse, y en estos momentos acaba de reconcentrarse amagando á esta plaza por la línea de Oriente; es probable que por ese rumbo vuelva á comenzar su ataque.—De orden del señor gobernador y comandante militar comunico á usted esta noticia, añadiéndole que el entusiasmo de la plaza es muy satisfactorio.—Joaquín Téllez.”

Un aplauso se desprendió de la multitud.

En el primer asalto los franceses habían retrocedido.

—Este negocio va mal, dijo Torre-Mellada un tanto demoralizado, y con voz baja y menos altanera.

—Amigo, dijo su compañero, puede ser que sea *borrego* para amedrentarnos.

—Tiene usted razón; no sería difícil que fuese un invento de estos pícaros.

—Yo los creo capaces de todo.

—Hasta de engañarnos.

—Es preciso que levanten la moral, estoy seguro de que Zaragoza está derrotado.

—Yo lo podría jurar á mil cruces.

—No obstante, tengo mis dudas y perplejidad.

—Todo consiste en esperar, donde nos dejen la cosa entre azul y buenas noches, seguro que les ha pasado un fracaso.

—Esperemos, y en silencio; porque ese grupo de canallas que rodea al abogado nos está viendo con cierta burla que va á parar en que les abra el bautismo de un muletazo.

—No hará usted tal cosa, porque nos descuartizarían estos bandoleros.

—Y yo me llevaría media docena por delante, ¡zamboma! donde se me suba lo brigadier á las narices, hago una de Lapitas y de Centauros que.....

—No, no haga usted nada de centauros si quiere irse por su pié á su casa.

—Bien, me callaré para ver en lo que para esa concentración de los franceses; han reulado como los toros para embestir con más fuerza, ¡si yo no sabré la táctica francesa!

—Temo que los reciban con garrocha en mano y.....

—¡Que calle usted, hombre! que el corrillo nos mira de hito en hito.

El inválido y su amigo se encastillaron en el silencio más profundo en espera de un nuevo parte telegráfico.

—Estamos de buenas gritaba el estudiante abrazando al infeliz abogado que no las tenía todas consigo, fijo en el terrible pensamiento de que los franceses lo habían de colgar de un farol de las casas consistoriales.

—Bien, decía un tanto afligido, no es lo malo que hayan retrocedido, sino que vuelvan á la carga.

—¡Con mil diablos! y ¿por qué tiene usted tanto miedo?

—Porque comprendo el peligro, señor mío.

—Ya, pero es necesario no perder la moral, está usted amilanado, recobre su buen humor, que bien lo merece el aspecto de aquel grupo de viejos reaccionarios, que ya tienen cólicos con las noticias del campo; vean ustedes, yo soy hombre de *corazonadas*, y hoy me levanté pensando en que los franceses serían derrotados.

—No haga usted caso, esas son palpitaciones nerviosas, usted no crea sino en lo que ve palpable.

—Está usted bueno para mandar una columna, señor letrado.

—Ni de humo; confieso que mi espíritu está muy lejos de la atmósfera militar, y que hasta las detonaciones me producen muy mal efecto.

—Usted es ave de pluma.

—Enteramente.

—Otro parte telegráfico, ¡demonio! ya se hacía necesario: estamos que no nos llega la camisa al cuerpo.

El empleado de la oficina se había convertido en heraldo: subióse sobre una silla, y dijo con voz sonora:

“Puebla, Mayo 5 de 1862.—Recibido en México á las dos y 30 minutos de la tarde.—Los zuavos se han replegado y nuestras caballerías tratan de dispersarlos en estos momentos.”

Repitiéronse entonces los gritos de entusiasmo y los aplau-

sos; pero la ansiedad era vivísima, nadie creía que la tropa francesa se dejase arrancar una victoria sin haber luchado antes desesperadamente.

V.

La ciudad anda revuelta: cada parte telegráfico era una esperanza halagadora para los buenos mexicanos y un rayo para los *intervencionistas*.

Las esperanzas de los comprometidos en la reacción, venían por tierra al primer soplo de la fortuna.

El castillo de barajas se desmoronaba, y los sueños de ambición se tornaban en una espantosa pesadilla.

La colonia extranjera estaba aturdida, le parecía increíble que los hombres del combate y de la victoria dejaran en los campos de Puebla, los laureles cosechados en cien encuentros gloriosos.

Habían visto salir á nuestros batallones llenos de entusiasmo; pero sin los elementos necesarios para afrontar una empresa de tal tamaño,

La traición de Saligny era el preliminar lógico del éxito, y aquella repentina contradicción los anonadaba.

Los españoles, que al principio habían renegado por la determinación del general Prim, se alegraban del fracaso terrible de los franceses, y los hijos de la Gran Bretaña bendecían á Sir Charles Wyke por su determinación de reembarque.

La gente conservadora se refugiaba en ese recurso tan común de los que tienen una causa desesperada: la negativa perpetua.

El gobierno pasaba por un trance terrible; había hecho salir violentamente al general Antillón al frente de los magníficos cuerpos de Guanajuato, que haciendo una marcha que forma época en los anales de la milicia, llegaron á Puebla el día 6, cuando los franceses estaban aún á la vista y en actitud de combate.

Si la suerte era adversa, la capital estaba perdida, como Paris después de la derrota de Napoleón.

En aquel acto salemne se jugaba el porvenir de la nacionalidad mexicana.

Si seis mil franceses penetraban victoriosos hasta el corazón del país, no existía esperanza de resurrección, era necesario abdicar ante un hecho tan vergonzoso para la patria.

El nombre de Zaragoza estaba para hundirse en el abismo del olvido, ó para alzarse en la cumbre de la inmortalidad.

¡Dios estaba con nuestras armas!
Habían trascurrido dos horas mortales.
¿Qué habría pasado en el teatro de la batalla?
Aquel silencio era aterrador.

Los argumentos, las esperanzas, las predicciones, todo vagaba en un rumor siniestro en el campo de las conjeturas.

El pueblo presenciaba la escena de David y el gigante Goliath.

Si la piedra no hería la frente titánica de su adversario, el joven pastor estaba perdido.

Escuchóse de nuevo el ruido de la máquina, y después de algunos minutos, el empleado que había transcrito el parte, salió violentamente en dirección al ministerio de guerra.

—*Estamos perdidos*, fué la voz que discurrió en aquel auditorio momentos antes tan entusiasta.

Aquella masa compacta salió en pos del empleado y se dirigió á la cámara de diputados, donde se esperaba al ministro llamado á dar cuenta de los mensajes del general Zaragoza.

VI.

Agolpóse la multitud á las galerías con la celeridad de un cauce desbordado.

Los representantes guardaban su puesto, y en su actitud se comprendía la violencia de la situación por que la alta cámara atravesaba.

El secretario anunció que el ministro pasaría al congreso luego que terminase la junta que se celebraba en aquellos momentos con el presidente.

Todos estos aplazamientos ponían más nerviosa á la multitud y á la cámara, donde se veían las pronunciadas señales de la violencia disimulada bajo el aparato de la majestad.

Ya se comenzaba á abrigar una sospecha terrible, acaso nuestros soldados habrían sido envueltos por el ímpetu de los franceses, y arriada nuestra bandera en los campos de batalla.

Había algunos que aseguraban que Zaragoza no sobreviviría á la derrota; y tenía razón, el hombre de Silao y Calpulálpán no osaría presentarse ante la República después de haber perdido en un combate, si no la honra, al menos el porvenir de su patria.

Repentinamente el ministro se dejó ver en la tribuna, tenía un aspecto friamente sereno, su mano estaba algo trémula por la emoción.

Un silencio profundo reinaba en el ámbito del salón, pa-

recía que la multitud tenía un solo pulmón y había contenido el aliento para no interrumpir; cabe la respiración, el discurso del ministro.

—Señores, dijo el general Blanco, voy á dar lectura á los dos partes que ha recibido el gobierno, y que juzgo oportuno dar á conocer al pueblo y á la cámara en una sola sesión.

La ansiedad llegaba á la agonía.

Los ojos de toda aquella muchedumbre parecían salir de sus órbitas.

Los individuos que se agolparon á los asientos últimos de las gradas, se levantaron para oír mejor, formando con el hueco de la mano un doble tornavoz á su oído.

El ministro dió principio á su lectura:

“Puebla, Mayo 5 de 1862.—Recibido en México á las cuatro y quince minutos de la tarde.—Ciudadano Ministro de la Guerra.—Sobre el campo á las dos y media.—Dos horas y media nos hemos batido.—El enemigo ha arrojado multitud de granadas.—Las columnas sobre el cerro de Loreto y Guadalupe, han sido rechazadas; seguramente atacó con cuatro mil hombres.—Todo su impulso fué sobre el cerro.—En este momento se retiran las columnas y nuestras fuerzas avanzan sobre ellas; comienza un fuerte aguacero.—*I. Zaragoza.*”

Un rumor de duda y sobresalto vagó algunos instantes sobre aquel mar encadenado.

El ministro continuó:

“Mayo 5 de 1862.—Puebla, á las cinco y cuarenta y nueve minutos de la tarde.—Ciudadano Ministro de la Guerra.—Las armas del supremo gobierno se han cubierto de gloria: el enemigo ha hecho esfuerzos supremos para apoderarse del cerro de Guadalupe, que atacó por el Oriente, á izquierda y derecha durante tres horas, fué rechazado tres veces en completa dispersión; y en este momento está formando su batalla fuerte de cuatro mil y pico de hombres, frente al cerro, fuera de tiro. Calculo la pérdida del enemigo, que llegó hasta los fosos de Guadalupe en su ataque, en seiscientos á setecientos hombres; cuatrocientos habremos tenido nosotros.—Sírvese usted dar cuenta de todo al ciudadano presidente.—*Zaragoza.*”

Un grito unánime de patriotismo y entusiasmo respondió á las palabras del Ministro de la Guerra.

La alegría degeneraba en llanto, último puerto de los gaces y de los sufrimientos.

VII.

Aquel individuo que han visto nuestros lectores ingerirse entre la multitud, ya en la oficina del telégrafo, ora en la cámara de representantes, lanzó un grito de desesperación al es-

cuchar el parte del general Zaragoza, cuyo grito se perdió entre el clamoreo que saludaba al vencedor y á sus soldados.

Aquel hombre salió pálido como un cadáver y se dirigió casi demente á la casa de Doña Blanca de Montemolin.

--¿Qué pasa, Manzanedo? gritó la joven al ver el rostro descompuesto del secretario del conde de Morella.

--Una gran desgracia, señora, los franceses han sido derrotados por el ejército mexicano.

Una nube densa atravesó por el semblante de la joven, y de sus ojos se desprendió un relámpago siniestro.

--Acabo de leer, prosiguió trémulo Manzanedo, el parte de Zaragoza, y desde luego se comprende todo lo espantoso de esa verdad.

--¡Imbéciles, murmuró la joven, se hacen llamar los primeros soldados del mundo, y se dejan derrotar por un grupo de pueblo armado.

--¿Y que hacemos, señora?

--¿Y me lo preguntas tú, hombre de Estado?

--Estoy fuera de mi círculo, me encuentro en un campo desconocido; nada veo, nada percibo; en todo creía, menos en esta catástrofe.

--¿Y bien?

--Regresemos á Inglaterra.

--¡Jamás! gritó la joven interrumpiendo á Manzanedo.

--Estoy á vuestras órdenes, señora, murmuró el secretario.

--Tú no sabes, Manzanedo, que México ha puesto el fuego en la mina: dentro de poco tiempo aquella nación que ha visto con desdén marchar á su ejército á la expedición de América, levantará el grito al sentimiento de su nacionalidad y de su patriotismo, herido en la derrota de hoy; Napoleón III no consentirá jamás en que sus águilas hayan arrastrado sus alas por el suelo y buscará una revancha sangrienta! Manzanedo, hoy comienza la guerra, no hay retirada posible, ante el honor hay sacrificio, muerte, pero no vergüenza. La Francia de 1862 no se alejará como una turba de comerciantes de regreso al suelo patrio; luchará y vencerá!

Manzanedo estaba confundido.

--El genio de la Europa, prosiguió Doña Blanca, llevaría una señal en el rostro, le escupirían á la frente sus victorias, y el pueblo francés vería con desdén á ese hombre que se ha tornado en ídolo de su nación, sólo porque conserva á grande altura el estandarte de la patria.

--Esperemos, pues, dijo Manzanedo.

--Sí, esperemos; pero no en la inacción, marchemos al teatro de la guerra, trabajemos; porque hoy más que nunca está comprometida la causa de Don Juan de Borbón; hay algo de siniestra en nuestra familia, algo de fatídico que nos sigue hace mucho tiempo; parece que vamos sobre las huellas de la

desgracia; pero yo contrariaré esa fortuna siempre adversa, lucharé como nadie ha luchado hasta hoy, iré á encontrar los sucesos y no me cruzaré de brazos como mis progenitores, en espera de un pueblo que venga á mi puerta á llamar ofreciendo un cetro; empeñaré un duelo á muerte con el destino, me sobra espíritu y aliento para la empresa; marchemos al campo republicano, aquel es mi terreno.

Alzóse Doña Blanca como inspirada, en sus ojos había dos llamas encendidas, y sus dientes relumbraban como los de la víbora. Aquella mujer amenazaba trastornarse, se creía capaz de quebrantar la cabeza la serpiente.

CAPITULO XXII.

DONDE SE VE QUE EL EJÉRCITO FRANCÉS SE RETIRÓ COMO TODO HIJO DE VECINO,
DESPUÉS DE LA DERROTA DEL 5 DE MAYO DE 1862.

I.

El día 6 pasaban revista los Generales Zaragoza y Laurencez en sus respectivos campamentos.

Los franceses estaban diezmados; los mexicanos tenían pérdidas considerables.

Repitir el ataque era buscar una derrota infalible.

Querer consumir la otra del día anterior, era una demencia.

Laurencez tras de sus fortificaciones pasajeras, apoderado de las rocas del Tepotzuchitl y rodeado de sus cañones, guardaba una actitud defensiva; pero formidable.

Zaragoza, tendido en batalla al pie de los cerros y con cuantos elementos pudo reunir, esperaba tranquilo sin poder tomar la ofensiva.

La situación era terrible; el que primero se moviese sobre el campo pronunciaba su sentencia de muerte.

Aquella escena no podía prolongarse por mucho tiempo.

Zaragoza, con sus valientes guerrillas, no cesaba de llamar á la lid á los franceses, que auyentaban con su artillería rayada á los tiradores.

Llegó la noche, y todo continuaba en su mismo ser.

II.

—¡Por el copete de Laurencez! gritaba Pablo Martínez; estos gabachos están colonizando estas lomas.

—Paciencia, amigo mío, decía Felipe Cuevas, estamos en una situación muy crítica

—Hola, señor Cuevas, respondió el guerrillero, ya se cuenta vuestro lance en todo el ejército.

—¿Qué lance? preguntaron los oficiales.

—Caballero, ruego á usted que no diga una palabra: esa calumnia la ha levantado ese camastrón de Santiago González; figúrense ustedes que se está creyendo un Zaragoza, sólo porque le ha tocado la fortuna de batirse como un desesperado en el fortín de Guadalupe: ¡qué hermosa jornada!..... ¡oh! yo voy á escribir unos versos, la cosa es para contada; deseo la lira de Homero ó la de Quintana en su oda al combate de Trafalgar:

Nelson también allí.....terrible sombra,

No temas, no, cuando mi voz te nombra,

Que vil insulte tu postrer suspiro:

Inglés te aborrecí; héroe te admiro!

—Bien, bien, señor, interrumpió un oficial, no meta usted á boruca el cuento; necesitamos saber la anécdota á que alude el capitán Martínez.

—¿Cómo, capitán?

—Comiendo, respondió Martínez; el general Zaragoza cumple lo que ofrece, me ha condecorado sobre el campo; cierto es que yo he cumplido con mi obligación y nada más; pero mi general es muy hombre, y se le ha antojado que yo sea capitán, y ya tengo dos tiras plateadas sobre los hombros: y las sabré llevar, come sé que ha de cargar conmigo una legión de diablos.

—No lo decía para tanto, señores.

—Insisto, dijo el oficial, en que se cuente la anécdota del doctor Cuevas.

—Repito, decía éste, que es un lío de mentiras que sólo han existido en la cabeza de González.

—No importa, la queremos saber.

—Pues silencio, gritó Martínez; yo voy á desembuchar todo lo que sé y no sé.

—Atención, dijeron los oficiales.

—Pues han de saber, dijo Martínez, que después del primer asalto, el general Zaragoza envió al señor á recoger los heridos franceses.

—Y los recojí, caballero.

—No interrumpa usted. Prosigo: el señor llevaba un asistente, hombre fiel que lo sigue á todas partes.

—Es cierto, desde los Estados Unidos.

—Que calle usted, hombre, no hay medio de saber la historia.

—La fábula, si usted gusta.

—Basta de gustos, gritó Martínez, y al que vuelva á interrumpir lo callo de una bofetada.

—¡Bravo! gritaron los oficiales.

—Decía, continuó Martínez, que el señor y su asistente se empleaban en la faena de recoger heridos: el señor había dado órdenes á su criado de no separarse de él un sólo instante.

—Ciertísimo.

—Pues están ustedes, que al susodicho asistente se le antojó ponerse la montera colorado de un zuavo que yacía tendido de un balazo, y recoger su fusil; el señor Cuevas, sin atender á que el resto del vestido no correspondía á la gorra, se creyó que un francés lo amagaba, y echó á huir como un desesperado. El asistente lo seguía, y el señor continuaba en su veloz carrera, volviendo por intervalos la cabeza, viendo al zuavo siempre trás él. El criado se pensaba que había un gran peligro, y no cesaba de correr á todo escape trás de su jefe. Así hubieran llegado á México, cuando el señor Cuevas tropezó dando en el suelo tan soberbio golpe, que no pudo levantarse; entonces pudo alcanzarlo el asistente.

—Estoy dado, no me mate usted, señor *monsiur*, yo apelo á la generosidad *français!* y otras exclamaciones.

Aturdido el asistente se acercó á su amo, y cuando el señor creía que lo iba á guillotinar, la voz conocida de su criado le dijo:

—¿Por qué ha corrido tanto su merced?

—Entonces el señor se levantó y dijo: los franceses no hablan castellano, y le arrimó una paliza al asistente.

—¡Bravo! ¡bravo! exclamaban los oficiales.

El doctor Cuevas echó á la broma el cuento y se puso á reír con sus compañeros.

III.

Santiago González se acercó al grupo en cuestión y con su taco acostumbrado preguntó:

—¿De qué se trata, señores? ¿Se disputa alguna de las condecoraciones quitadas á los zuavos, ó se trata de repartirse algo del botín de la tropa de marina?

—Todo, menos eso, respondió Cuevas, se pasa el rato y nada más.

—¡Hola! el señor doctor Cuevas por aquí! supongo que ya estarás repuesto del susto?

—Sí; hombre, ya se me olvidó el chascarrillo,

—Pues yo tengo otro que contarles.

—Que sea al momento, gritó Pablo Martínez.

—Han de saber que un maldito andaluz llamado Manolo Balboa, se me había escabullido, y caten ustedes que ahora aparece entre los prisioneros.

—Loado sea Dios! dijo Cuevas, ya nos pagará el bribón su mala pasada.

—Antes del cuento, interrumpió Martínez, diga usted cómo sigue el comandante Mondoñedo.

—La herida no le ha interesado el pulmón, como se cría al principio; no obstante está malo y bien malo.

—¿La herida es de bayoneta?

—No, de espada.

—Luego se ha batido con algún oficial?

—Probablemente.

—¿Y en qué hospital lo han colocado?

—Está en una casa particular perfectamente bien asistido.

—Nos alegramos, dijo Martínez; ahora hablemos del andaluz.

—Pues señores, continuó González, luego que pasé revista a los contusos, observé que uno de ellos me hacía seña de que me acercase, creí que se trataba de suplicarme que no lo curara, cosa que me acontece muy á menudo.

—Ya lo creo, exclamó Cuevas, como que tienes una mano pesadísima.

—En cambio tú tienes los piés ligeros como los del venado, dígalo tu asistente.

—Nada de indirectas, exclamó Martínez.

—Acércome al contuso, y veo á mi andaluz con un chichón en el ojo izquierdo.

—¡Hola! grité desde luego, ¿conque ha venido á pelear contra nosotros?

—¡Quiá! si me han traído por fuerza, yo bien le decía al jefe desde los primeros cañonazos que despanzurraron á una mula de la artillería: si esto hacen con los animales, ¿qué esperamos nosotros los cristianos? Pero nada, me hicieron trepar por el cerro, advirtiéndome que si retrocedía me pinchaban como á una mosca; entonces me acurruqué tras una peña diciendo para mis adentros: si se descuidan estos condenados me las guillo; cuando en esto, que corren y me dejan encampanado; yo no podía moverme para ningún lado, entonces un maldito indio me lanza una piedra y cataplum! me ha dejado tuerto; lo otros indios me llevan y dándome tal zurri-

bamba de culatazos, que á no ser andaluz, espicho como una codorniz; pero eso sí, yo soy como el demonio, solo con mis costillas le rompí á un oficial la espada; ¡qué chasco se han llevado conmigo!

—¿Y qué has hecho con nuestro antiguo compañero? preguntó Cuevas.

—Lo he llevado al cuartel y ya le hice la primera curación, queda sano completamente, pierde el ojo y nada más.

—Es bien poco, dijo Martínez, así queda redondeado el expediente.

—Y me doy por satisfecho, agregó González con todo el aire de un Gabino Barreda.

Continuó la charla sobre los episodios de la batalla, se mostraron las cruces quitadas al enemigo, se agregó algo á la salsa de la victoria, y se juró acabar hasta con el diccionario de la lengua francesa.

Me largo, dijo Martínez, voy á la torre á hacer mi cuarto de centinela, estamos en observación de esos malditos gabachos, el general me ha dicho que no los pierda de vista; me parece que ya no nos batimos, están desmoralizados como cuando se pierden las elecciones de alcalde.

—Capitán, yo lo acompaño á usted, dijo Cuevas.

—Acepto, mientras más ojos se verá con más precisión.

—Nos veremos, camaradas.

—Cuidado con otro susto, dijo González, esta noche sueña la gorra colorada del zuavo.

Cuevas no quiso responder, y echó paso adelante con Pablo Martínez en dirección á la torre de la Catedral.

IV.

El lector querrá saber el desgraciado episodio de Mondoñedo.

El estudiante se había separado de la ambulancia para ingresar al Estado Mayor de Zaragoza.

En los momentos de la batalla del 5, y cuando la segunda columna de ataque ascendía al cerro de Guadalupe, el general lo envió á dar una orden á Negrete, que esperaba al enemigo con sus valientes indios de Zacapoaxtla.

Mondoñedo subió violentamente al cerro y se encontró con que ya no podía retroceder, porque el enemigo atacaba los fortines y la línea de batalla.

Mezclóse al grupo de ayudantes de Berriozábal y entró como bueno en la pelea.

A los pocos momentos su caballo caía hecho pedazos por el casco de una granada que reventó á sus piés.

Ya hemos visto el arrojó con que los mexicanos rechazaron la columna de ataque hasta su campo; aquel momento era de indecible entusiasmo para Mondoñedo, que sentía aliviadas sus heridas del corazón bajo el peso ó influencias de aquellas emociones salvajes.

Entre el humo de la pólvora y el grito de los combatientes, y el toque de los clarines, y la arena del combate, olvidaba ese fuego lento de sus pesares que daba muerte á sus esperanzas y á su existencia.

La muerte le preparaba un horizonte más feliz; nadie adivinaria tras de su faz rebotante de entusiasmo y donde cruzaba un relámpago de coraje, que aquel hombre mezclaba la hiel de sus sufrimientos al sentimiento sagrado del patriotismo.

Si moría, todos creerían encontrar el cadáver de un héroe en los despojos del desgraciado.

¡Pobre estudiante! más le valdría haber continuado en aquella existencia tranquila de la juventud, en que las olas apacibles de un mar sereno atraviesan las regiones del corazón.

Aquellos primeros horizontes teñidos de azul y oro habían desaparecido al primer rayo de la pasión que lo devoraba.

Una mujer era la sombra interpuesta entre el astro de su dicha y el cielo abierto de su alma.

El joven creía que el amor ya no habitaba en el sagrario de su pecho, que el ídolo estaba derribado y el altar hecho pedazos, ¡mentira!

La imagen estaba velada, pero mientras, se efectuaba aquella transformación de la realidad á los recuerdos.

El amor sufriría á su vez el fenómeno de la metamorfosis, ya no era aquel sentimiento de pureza y misticismo, aquel aroma de los ángeles pasaba al cáliz en cuyo fondo se encontraría la ponzoña del odio y del resentimiento.

Este extravío fatal del corazón que busca una venganza extraña, hace de un serafín un condenado; si quiere la desaparición de un ser á quien se ama y se aborrece; se mata porque se ama, no porque se detesta.

El odio es una de las facies del amor.

En esa demencia terrible se cae en el suicidio.

Toda la zaña se vuelve contra nosotros, y la lucha es desesperada.

Manuel Mondoñedo estaba en estos instantes de estrabismo mental, y buscaba en la batalla, en aquel cuadro de proporciones tan gigantes, lo que él tenía miedo de llorar en el silencio de su habitación.

Vivir, pero llevando en su pecho el corazón hecho un cadáver, era el bello ideal de su desesperación.

V.

Para describir la escena que vamos á presentar á nuestros lectores, necesitamos llevarlos por un solo instante al campo de Laurencez.

Don Fernando Moncada, que había sido soldado, comprendió desde luego que el plan de batalla del jefe francés era descabellado.

Tener á la mayor parte de la fuerza enemiga en los cerros donde era difícil derrotarlos, y un lado vulnerable en la plaza, y elegir el asalto á los cerros, era equivocarse por completo.

Ya en 856 el general Comonfort había emprendido un ataque falso al cerro de San Juan y tomado la línea del Carmen y San Javier de aquella misma ciudad.

Haro sabía esto perfectamente, porque él había sido la víctima en aquella época.

Una vez rechazada la primera columna, no había esperanza alguna.

El soldado francés, impetuoso para el asalto, hombre de imaginación volcánica, tan pronto llega el heroísmo como decae hasta la pérdida de la moral.

El primer ímpetu es el todo de los franceses.

La pistola es una arma terrible; pero una vez disparada, es inútil del todo.

Ya hemos visto el esfuerzo poderoso hecho por esos soldados al aspecto de su bandera en retirada.

En el tercer empuje y cuando se buscaba una muerte heroica más bien que la victoria, Don Fernando, lanzado en el aliento candente de la desesperación, se puso al frente de la columna y subió con arrogancia hasta tocar los fortines de Guadalupe.

Sus gritos se oían en medio del combate.

Parecía aquel hombre el demonio de la batalla, con sus melenas echadas al aire, su brazo rígido vibrando la espada como un rayo, la boca espumante y el rostro descompuesto.

Aquel hombre causaba espanto en aquellos momentos de predestinación.

La columna bajaba en derrota de la cumbre de Guadalupe.

Don Fernando se había quedado sobre el campo disparando los últimos tiros de su pistola sobre los soldados que tenazmente le perseguían.

En aquellos momentos el estudiante Mondoñedo avanzaba á pie sobre los rocas; repentinamente su mirada se encon-

tró en un relámpago con la de Don Fernando.

Llevados por una corriente eléctrica se buscaron.

Aquellos corazones se estremecieron de rencor, palpitaron de odio y de venganza.

—Al fin nos encontramos, gritó el estudiante encarándose á su enemigo.

Moncada respondió con una carcajada de Satanás.

Las espadas se cruzaron y comenzó una lucha desesperada y mortal.

La lucha tuvo la duración de unos segundos, el acero de Don Fernando encontró al fin el pecho de Mondoñedo.

El estudiante cayó dando un alarido de desesperación.

—¡Miserable! gritó Don Fernando, y bajó por las rocas como el ángel caído, maldiciendo de su existencia!

VI.

El estudiante se quedó revolcándose en su sangre entre los matorrales de las rocas.

Pablo Martínez, que había seguido con la caballería á los fugitivos, regresó después de dos horas, cuando la noche comenzaba á caer.

Al pasar cerca de Mondoñedo, oyó los quejidos apagados del herido.

—¡Demonio! aquí hay un mexicano; si pasa la noche sin curación, carga con él todo el infierno: muchachos, aquí está mi *jorongo*, nos servirá de camilla y llevaremos á ese desgraciado.

Bajóse del caballo el bravo guerrillero y se acercó al estudiante, lo reconoció en el acto y lanzó una imprecación que hizo acudir á los soldados.

—¿Qué pasa, mí capitán?

—Que han matado al comandante, no saben esos gabachos la prenda que se han llevado; me parece que respira todavía, aunque ha perdido mucha sangre.

Levantaron á Mondoñedo, lo pusieron en la camilla improvisada y lo condujeron á la ciudad.

Al pasar por una de las casas de la calle de Mercaderes, un individuo que estaba al balcón le gritó á Pablo Martínez.

—¿A quién llevas ahí, Martínez?

—Señor Mons, estoy desesperado; ya no dilata en morir nuestro amigo Mondoñedo.

—Entra, entra, aquí le asistiremos.

—Me parece bien, gritó Pablo: é hizo conducir al estudian-

te á la casa del antiguo amigo de Mondoñedo.

Martínez llamó á Santiago González, que ocurrió inmediatamente llevando consigo á un doctor, desconfiando de sus conocimientos.

Reconocieron al herido: la estocada era terrible; no obstante el doctor dijo que perdía la esperanza de salvar al estudiante.

El Señor Mons había fijado su residencia en Puebla, luego que las fuerzas francesas avanzaban sobre la ciudad, porque su finca de campo se encontraba en el trayecto y sería ocupada por el invasor.

El rico propietario estableció un hospital y gastaba profusamente su caudal en socorrer á las familias emigrantes que venían huyendo de los franceses.

El 5 de Mayo estuvo el señor Mons en los Remedios con el Estado Mayor de Zaragoza, presenciando la batalla.

El general lo contaba entre sus amigos y hacía grande estimación de sus cualidades.

Después de la jornada, el señor Mons se instaló en su lazareto, prodigando todo género de cuidados á los infelices heridos, que estrechaban aquella mano protectora, bañándola con lágrimas de reconocimiento.

VII.

El 8 de Mayo, el ejército republicano seguía formado en batalla frente al campamento francés, que á las tres de la tarde dirigió dos columnas de infantería hacia el camino de Amozoc, indicando un movimiento de retirada.

El General Zaragoza creyó que el enemigo se disponía á dar otro asalto y que su movimiento era acaso estratégico, tratando de desviar su atención.

Dió sus disposiciones previendo una próxima batalla y avanzó sus guerrillas al campo de los franceses, que las recibieron á metralla.

Todo estaba dispuesto para el combate.

A las cuatro y tres minutos de la tarde, los trenes del enemigo se pusieron en vía de retirada sobre el camino de Amozoc. Las columnas de infantería que estaban á derecha é izquierda descansando á lo largo de la carretera, se fraccionaron entrando en línea é interpolándose con los carros.

Las baterías permanecían en la llanura que media entre la garita y el cerro de Nopalucan, apoyándose principalmente tras de las ruinas del Rancho Caído, adelante de la Garita Nueva.

Sobre la cordillera inferior del Tepotzuchitl, al lado meridional del camino, había numerosas fuerzas de infantería con sus competentes piezas de montaña, y un trozo de caballería.

En la hacienda de los Alamos había otra fuerza considerable de infantes.

Los carros entraron en la línea y la fuerza del Tepotzuchitl descendió compacta encarrilándose en el camino de Amozoc.

A las cinco de la tarde, dos fuertes columnas de infantería se desprendieron de la hacienda de los Alamos formando sobre la carretera.

Una descubierta de caballería forma la cabeza de la columna.

En el centro se coloca la artillería, seguida de un cuerpo de cien caballos de cazadores de Africa, cerrando la marcha el brillante cuerpo del 99 de línea.

Aquel ejército desapareció à pocos momentos entre las sinuosidades del terreno, sobre aquel camino que dos días antes cruzaba á tambor batiente y bandera desplegada.

Aquellos estandartes habían caído en pedazos en 1815 al golpe de los sables prusianos; pero no habían retrocedido ante la catástrofe de la derrota, ni de la muerte.

La bandera francesa se ha retirado dos veces en este siglo: al tornar las legiones de Napoleón el Grande entre las densas brumas del desierto de Rusia, y en México después de la jornada del 5 de Mayo de 1862.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.



SEGUNDA PARTE.

POR DERECHO DE CONQUISTA.

CAPITULO I.

“VOILA VOTRE ŒUVRE, MADAME.”
LO QUE QUIERE DECIR EN BUEN CASTELLANO: HA QUEDADO
USTED DE TODOS LOS DIABLOS.

I.

Si la noticia de los tratados de la Soledad había agitado á la Europa, que veía en ellos la muerte de la Convención de Llundres; la nueva del rompimiento de relaciones entre los aliados era un verdadero escándalo en el mundo de la diplomacia.

Pintábase con los colores más sombríos la última conferencia y la actitud de los plenipotenciarios al borrar el pensamiento del pacto intervencionista.

En lo que se convenía generalmente, era en que M. de Saligny no tenía vergüenza, esto lo confesaban sirios y troyanos.

Con las tropas inglesas llegó á la Europa la noticia de que Laurencez caminaba á gran prisa sobre la capital de la República después de la toma de Orizaba.

Espanoles é ingleses denunciaron el atentado incalificable que envolvía la traición de Saligny.

Los franceses honrados é incapaces de una acción tan depravada, condenaron también la conducta de ese miserable que acaso sin necesidad imprimía una mancha á su bandera.